**MI EXPERIENCIA CON LA SANTIDAD DE DIOS**

Salmos 96:1-9

INTRODUCCIÓN

Moisés tuvo su primer contacto con la santidad de Dios en el desierto, en el monte Horeb mientras apacentaba las ovejas de su suegro Jetro. Movido por su curiosidad para saber porque una zarza ardía y ardía y no se consumía. Y al acercase, escuchó una voz desde la zarza que lo llamó por su nombre: “Moisés, Moisés”, y cuando Moisés respondió, entonces Dios le dijo “No te acerques, quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:5)

De aquí nació la convicción de que, a un lugar santo, es decir, a un lugar sagrado uno debe entrar descalzo. En algunas casas, en especial donde los caminos son de tierra, se acostumbra a dejar el calzado afuera, al pie de la puerta para no ensuciar el piso. Pero en el caso de Moisés no había ninguna casa o templo donde debía entrar y todo el paisaje era similar, pedregoso y solitario, pero para Dios ese lugar en particular, esa porción o espacio era santo y, por lo tanto, Moisés tuvo que quitarse sus sandalias porque estaba en la misma presencia de Dios.

Esto nos indica que no importa si es en un templo o una sala de reuniones o en un dormitorio o un baño, no importa si es en el patio de la casa, en una plaza o en la ribera de un río, o en un páramo desierto, pero sí importa que la presencia de Dios está allí. Importa cuando nos llama, y en algunos casos nos llama por nuestro nombre como lo hizo con Moisés. Como dice la canción: “Señor, tú me llamas por mi nombre desde lejos, por mi nombre cada día tú me llamas”

Moisés no solo oyó que lo llamaban por su nombre, sino que oyó que el Señor le pidió que no se acerque sin antes quitarse su calzado ¿por qué? “porque el lugar donde tú estás, tierra santa es”. El lugar se convirtió en un lugar santo porque Dios estaba allí. Y cada lugar donde Dios nos habla se vuelve especial por su presencia. Los pies de Moisés tuvieron que tocar el suelo santo, y para que pudiesen tocar el suelo santo debía quitar lo que lo separaba del contacto con la santidad del suelo. Para ilustrarlo podríamos decir que es similar al sulfato de plomo que se forma en los bornes de una batería y que impide que fluya la corriente eléctrica. Si uno no quita esa sulfatación el motor no arranca. Las sandalias de Moisés eran como el sulfato que impide el contacto con la fuente de energía y poder.

Para tener una experiencia con la santidad de Dios también nosotros debemos quitar nuestros calzados, es decir, debemos quitar todo lo que impide ese contacto con Dios, tal como se nos dice en Isaías 59:2 “pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro para no oír”. Siguiendo con la analogía diríamos “nuestros pecados son como el sulfato que impide el contacto con la santidad de Dios” que debemos quitar confesándolos, renunciando a ellos, para que Dios nos hable. Porque Dios habló con Moisés y le dijo lo que debía hacer cuando se quitó sus sandalias.

Ahora ¿qué nos enseña la Biblia acerca de la santidad de Dios? Nos enseña que

**I LA SANTIDAD DE DIOS ES SUPERLATIVA**

Algo es superlativo cuando es muy grande y fuera de lo común, y que tiene el máximo grado de excelencia, es decir, que tiene características inusuales o de proporciones desmedidas, como la experiencia que vivió el profeta Isaías cuando tuvo una visión de Dios en el templo, donde vio al Señor sentado en un trono alto y sublime, y vio además a unos “seres de fuego o seres ardientes” de amor a Dios llamados serafines, que en voz alta se decían uno a otro “Kadosh, Kadosh, Kadosh” que traducido significa “Santo, Santo, Santo. En Isaías 6:3 dice “Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”

“Santo, santo, santo” gritaban los serafines ¿Por qué repetían tres veces la palabra “Santo”? porque la repetición es un modismo hebreo para indicar que Dios es santo de manera superlativa. Cuando se quiere afirmar que algo es seguro, es muy cierto, se repite dos veces, como lo hizo Jesús. Veamos unos ejemplos: Jesús dijo: “**De cierto, de cierto** os digo el que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3) “Y le dijo: **De cierto, de cierto** os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto…” (Juan 1:51) “Respondió entonces Jesús, y les dijo: **De cierto, de cierto** os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre”. Notemos que Jesús repitió dos veces “de cierto, de cierto” para afirmar una gran verdad, pero cuando la palabra se repite tres veces su significado se potencia al máximo y se convierte en un superlativo cuando se proclama “Santo, Santo, Santo”

En el libro de Apocalipsis Juan nos describe una visión semejante a la del profeta Isaías diciendo “Y los cuatro seres vivientes…no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir.” Dios es tres veces santo y debido a su gloriosa santidad permanece dentro de una luz inaccesible, tal como lo describe el apóstol Pablo en su carta a Timoteo, diciendo “el único que tiene inmortalidad, **que habita en luz inaccesible**; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén. (1 Timoteo 6:16) Imperio sempiterno significa que dura para siempre, que no tiene fin.

Otra palabra que indica la santidad superlativa de Dios es la palabra “santísimo”. Santísimo es mucho más que santo. Y así se lo nombra en Proverbios 9:10 diciendo “El temor de Dios es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia”. Por otra parte, el mismo tabernáculo y el templo tenía bien separados dos lugares. Un lugar llamado “santo” y otro llamado “santísimo”. Los sacerdotes podían entrar siempre en el lugar santo, pero al lugar santísimo una sola vez por año, y únicamente podía entrar el sumo sacerdote. Pero cuando Jesucristo murió en la cruz por nuestros pecados, entró en el lugar santísimo en el cielo por medio de su propia sangre, para abrirnos el camino para que nosotros tengamos acceso a la santidad de Dios, como dice Hebreos 10:19-23 “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura, mantengamos firme, sin fluctuar la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió”

Si no fuera por Jesucristo nunca podríamos entrar al lugar inaccesible de la luz y la santidad de Dios, porque nuestros pecados nos cerrarían toda posibilidad de entrada, pero Cristo nos abrió el camino cuando lo recibimos y recibimos el perdón de nuestros pecados.

**II LA SANTIDAD DE DIOS ES NUESTRA GARANTÍA**

¿Qué sería de nosotros si Dios no fuera santo? ¿Qué sería de nosotros si Dios no nos dijera la verdad? ¿que nos ocurriría si Dios nos mintiera, si no cumpliera su palabra o que fuera injusto o nos amara tal como nos ama? ¿Dónde terminaríamos si Dios fuera como los dioses paganos de Grecia o Roma que eran adúlteros, falsos, mentirosos, traidores, incestuosos, crueles, iracundos y perversos? La mejor noticia que tenemos es que Dios no es así, y es tan santo que es imposible que él mienta y tanto que su justicia permanece para siempre. Esta es nuestra mayor garantía y nuestra mayor garantía es su santidad.

En Salmos 89:35 dice “Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David” y por medio del profeta Amós dijo “Dios el Señor juró por su santidad” (Amos 4:2)

Jurar es prometer una cosa solemnemente, poniendo por testigo o como garantía de nuestro juramento a Dios o a otras personas o cosas muy respetadas o queridas cuando prometemos solemnemente. Por eso, algunos juran por su madre, otros juran por sus hijos, otros juran sobre un libro, como en el nombramiento de las autoridades del gobierno donde se jura por “los santos evangelios”, y en las cortes de justicia de Estados Unidos juran por la Biblia. Los que son llamados a testificar deben poner su mano sobre una Biblia y decir “Juro decir la verdad, y solamente la verdad”. Pero Dios cuando jura, no jura por su Hijo Jesucristo, ni jura por sus ángeles o arcángeles, u otros seres celestiales, ni tampoco jura por su trono, sino que jura por su santidad diciendo “Una vez he jurado por mi santidad” cerrando así herméticamente la total garantía que tienen sus palabras y sus promesas.

Como dice Pablo en su epístola a Tito “en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos” (Tito 1:2) y el autor de los Hebreos dice “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió”. (Hebreos 10:23) Porque la santidad de Dios sostiene nuestra esperanza de vida eterna, y la santidad de Dios mantiene siempre vigentes sus promesas, porque fiel es Dios. Porque Dios es tres veces santo contamos con su total garantía que su Palabra tendrá cumplimiento.

Los sinónimos de “garantía” son “seguridad, protección, salvaguardia y amparo”, y esto es precisamente lo que nos da la santidad de Dios. Como escribió Pablo a los Efesios diciendo que “en quien (en Cristo) tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él” (Efesios 3:12) Tenemos seguridad a tal punto que podemos cantar “Puedo confiar en el Señor, no me va a fallar, si el sol llegara a oscurecer y a no brillar ya nunca más, igual confío en el Señor, no me va a fallar”. Tenemos nuestra fe anclada en Cristo y nada nos arrebatará de su mano, como dijo Jesús “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Juan 10:27-29)

Esta es la garantía de Jesucristo para con todos los que le siguen: “yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”. Es garantía la santidad de Dios.

**III LA SANTIDAD DE DIOS ES HERMOSA**

Arthur W. Pink, quien fuera escritor y un erudito de la Biblia, de quien se dice que leyó 50 veces la Biblia y más de un millón de páginas sobre teología, escribió un libro titulado “Los atributos de Dios” y en un capítulo dedicado a este tema, dijo citando otro autor: “El poder es la mano y el brazo de Dios, la omnisciencia sus ojos, la misericordia sus entrañas, la eternidad su duración, pero la santidad es su hermosura”

¿Por qué dijo que la santidad es la hermosura de Dios? Sin duda alguna, fue porque la Biblia lo dice. Veamos cuatro textos bíblicos:

1. 1 Crónicas 16:29 “Dad a Dios la honra debida a su nombre; traed ofrenda, y venid delante de él; **postraos delante de Dios en la hermosura de la santidad**”
2. Salmos 29:2 “Dad a Dios la gloria debida a su nombre; **adorad a Dios en la hermosura de la santidad**”
3. Salmos 96:9 “**Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad**; temed delante de él, toda la tierra.”
4. Salmos 110:3 “**Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder**, **en la hermosura de la santidad**…”

Este último versículo es sumamente significativo porque nos revela que la falta de voluntad del pueblo de Dios y la falta de voluntarios para cualquier tarea en la obra de la iglesia se debe a la ausencia de la manifestación del poder de Dios y a la ignorancia sobre la hermosura la santidad.

La falta de voluntad puede venir por no conocer la Biblia y el poder que Dios tiene, como dijo Jesús en Mateo 22:29 “Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios”. Además, la falta de voluntad para servir a Dios puede deberse a que se ha puesto la fe en el conocimiento humano, como dijo Pablo “para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2:5) Porque cuando uno cree en el poder de Dios es capaz de emprender cualquier cosa, de lanzarse para alcanzar cualquier meta. El que cree en el poder de Dios sabe en su fuero más íntimo que nada es imposible para Dios.

Pero también la falta de voluntad puede venir de la ignorancia de la hermosura de la santidad, porque el pueblo de Dios “se ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad”. La palabra “hermosura” viene de la palabra “hermoso” y “ura” que es un sufijo, que indica que es algo concreto. Y el sufijo se añade para completar el sentido de la palabra. Así que la hermosura de la santidad no es una idea, sino algo concreto, que se puede ver, tocar, experimentar.

El historiador Lord Acton (1834-1929) escribió esta famosa frase “El poder tiende a corromper, el poder absoluto corrompe absolutamente”, para indicar que sin la santidad el poder puede ser peligroso, incluso en poder espiritual, el poder de hacer milagros si no está basado en la hermosura de la santidad, puede hacer mucho daño. Pero cuando el poder y la hermosura de la santidad van juntos, como fue en el caso de Jesús, el impacto es inconmensurable.

Espero que podamos ver a la santidad como hermosa, apetecible, bella, atractiva y deseable para que presurosos nos ofrezcamos voluntariamente para servir al Señor.

**IV LA SANTIDAD DE DIOS NOS SANTIFICA**

En 1 Juan 2:20 dice: “Mas vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas” dando a entender que todos los cristianos, los que recibieron a Jesucristo, los que han nacido de nuevo, tienen la unción del Santo. La cuestión aquí es tener o no tener. ¿Qué significa tener “la unción del Santo”? En el Antiguo Testamento se ungía con aceite a los sacerdotes antes que ellos sirvieran en el tabernáculo. En Éxodo 29:7 dice “Luego tomarás el aceite de la unción y lo derramarás sobre su cabeza y le ungirás”

También con ese aceite preparado con hierbas aromáticas se ungía el tabernáculo. “Y tomarás el aceite de la unción y ungirás el tabernáculo, y todo lo que está en él; y lo santificarás con todos sus utensilios, y será santo” (Éxodo 40:9)

La unción con aceite se hacía a los reyes como en el caso de Saúl, David, Salomón. Pero de manera especial a Cristo, que fue llamado “el Ungido de Dios”, porque en él se cumplió la profecía de Isaías 61:1 “El Espíritu de Dios el Señor está sobre mí, porque me ungió el Señor, me ha enviado a predicar las buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel”

La unción del Espíritu de Dios nos da un conocimiento especial según 1 Juan 2:27 “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él”. Y según el apóstol Pablo esta unción nos da una capacidad que solo tienen los creyentes “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14) Por eso, el deseo más fuerte de Pablo para la iglesia lo expresó en 1 Tesalonicenses 5:23 “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y t odo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo.”

CONCLUSIÓN:

Por último, podemos mencionar el himno cristiano más conocido entre las iglesias evangélicas escrito por Reginald Heber, quien desde los cinco años podía leer la Biblia con fluidez, más adelante se graduó en la Universidad de Oxford y fue ordenado como obispo por la iglesia Anglicana en 1807 y dos años después se casó con Amelia. Tuvieron una hija que a los pocos meses falleció y eso resultó un duro golpe para él y, sin embargo, su fe en Dios se mantuvo, y escribió 57 himnos cristianos para que la iglesia cantara con un buen fundamento teológico, entre esos himnos escribió el que conocemos como “Santo, Santo, Santo, Señor Omnipotente, siempre el labio mío loores te dará. ¡Santo, Santo, Santo! Te adoro reverente, Dios en tres personas, ¡bendita Trinidad!”

Este himno estuvo basado en el libro de Isaías, cuando Dios se le apareció en el templo y los serafines proclamaban “Santo, Santo, Santo” y luego Dios preguntó “¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nuestro anuncio? E Isaías respondió “Heme aquí, envíame a mí”. Se cree que la visión de Dios como tres veces santo y la respuesta de Isaías fue el medio que Dios usó para llamarlo a él para el servicio en la obra del Señor. Y tal vez, en este día también sea el llamado de Dios para tu vida con la pregunta ¿A quién enviaré? Y tal vez, le respondas también, “Aquí estoy, me tienes a mí. Cuenta conmigo”.